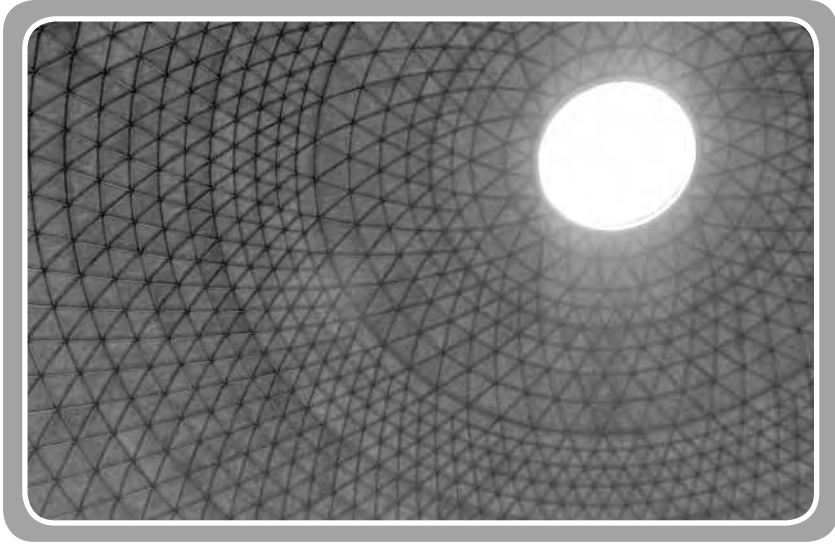




Caleidoscopio



CARMEN MOLINA, LA HISTORIA SE ESCRIBE FRENTE A LAS FUENTES
Elvía Alaniz Ontiveros y Miguel Ángel Quemain Sáenz

En 1977 Carmen Molina escuchó su vocación y se dirigió al Archivo General de la Nación siguiendo el consejo de su maestro de cátedra del siglo XVIII, don Ignacio Rubio Mañé, quien les pedía a sus alumnos tomar como fuente de todos sus trabajos escolares el AGN. Para ella el contacto con los documentos fue “un impacto tan grande” que meses después regresó para cumplir un servicio social dilatado en el tiempo. Los seis meses que entonces marcaba el reglamento universitario se convirtieron en doce, duplicación que explica en buena medida su fervor y compromiso con la historia y la investigación.

Tiene veintisiete años de venir a Lecumberri. En diciembre de 1981, cuando en la sede del AGN en la calle de Tacu-
ba se despidió para cumplir con su periodo vacacional, le dijeron: “Nos vemos en Lecumberri”. Y así fue: “nos dieron una credencial, con número de galería”. Desde

entonces su jornada se hace elástica de manera cotidiana prolongando su estancia más allá de su jubilación, firmada en agosto de 2008, después de 30 años de trabajo.

Tal vez ya sin la prisa que la movía todos los días a registrar su entrada “a tiempo”, hoy, más relajada, llega sin el rigor persecutorio del reloj, pero continúa “como siempre”, sin fijar un horario preciso para abandonar su pequeño cubículo instalado en la Galería 4. Ahí ha pasado, admite, los mejores años de su vida ante un conjunto de documentos que aprendió a descifrar, a develar su misterio, gracias a la dedicación que en su momento le dedicó a la paleografía.

Carmen Molina es una persona modesta, no hay grandilocuencia en su expresión. No ha perdido el asombro frente a la enorme tarea de descripción documental, pero toma con naturalidad un ofi-



Investigadora incansable.

cio extraordinario y ajeno para muchos.

En marzo del presente año, por su dedicación y aportaciones, la maestra Molina recibió, en el marco del Día del Archivista, un reconocimiento del AGN a su trayectoria y compromiso, por esa capacidad formativa de los jóvenes estudiantes entusiastas que deciden quedarse entre nosotros, estimulados por el poder seductor de la historia mexicana vislumbrada a través de sus fuentes, porque como ella dice: “la historia mexicana no se construye con opiniones sino con el esforzado día a día de la descripción, la clasificación y la interpretación documental”.

No se envanece de su preparación académica, reconoce el valor de la entrega que estructura eso que llamamos au-

todidactismo, en el que se han formado la mayoría de sus colegas archivistas, pero advierte también que la formación universitaria es el pilar del conocimiento.

EL MAR DOCUMENTAL

Carmen Molina acude al Archivo General de la Nación bajo la figura de voluntaria. Piensa que la disciplina le permite dirigir sus pasos renovados al lugar donde ha pasado la mitad de su vida. La prisa de terminar una ficha, un catálogo o una descripción ha desaparecido, pero –tal vez ella no lo percibe– sabe que necesita estar en medio de “un mar de documentos”.

Cuando llegó, en enero de 1982, a la sede actual, Carmen expresó: “¡Qué bonito! ¡Me encanta este edificio!”. Se sintió entonces como una niña, admirando la cúpula impresionante, la manera en que estaban dispuestas las galerías, los jardines internos y externos. Lo único que desde aquel día le ha resultado incómodo es lo frío del inmueble.

Estar concentrada consultando archivos es para ella “el trabajo soñado”. Por su personalidad solitaria y discreta sabe que no estaría cómoda si realizara otras labores.

EL PERFIL DE LA VOCACIÓN

Carmen realizó la educación secundaria hasta los 18 años. Cuando terminó la primaria sus padres la enfilaron hacia un rumbo más o menos común al de otras mujeres, "hice la carrera completa de modas". Luego de cinco años comprobó que no le gustaba "coser ni cortar", de modo que se inscribió en la vocacional con la intención de estudiar ingeniería cívica en el Instituto Politécnico Nacional. Sin embargo, no quedó satisfecha.

Entonces optó por la preparatoria y eligió historia. Ingresó en la Universidad Nacional Autónoma de México a la edad de 28 años. Estaba convencida de que en ninguna otra profesión podría tener mayores alcances; así encontró su vocación: la búsqueda e indagación de datos en los archivos.

Su deseo se cumplió al ingresar en el Archivo y su primera empresa fue la realización del *Catálogo de bienes de comunidad*, publicado dentro de la serie Guías y catálogos del AGN. De 1979 a 2008 se involucró en las tareas descriptivas de los siglos XVI al XVIII, "estuve siempre con documentos coloniales y virreinales". Para ella cada original, impreso o manuscrito "siempre es diferente". Por sus manos

han pasado cartas de Hidalgo, pergaminos de Morelos.

EL VINCULO CON EL INVESTIGADOR

Trata de explicar en qué consiste su enamoramiento por el AGN, pero no lo consigue, acepta que ni siquiera ella lo puede entender. Lo que sí sabe es que verse entre esas pilas de papeles cifrados la fascinó, "aún ahora me encanta estar aquí leyendo". Desde agosto de 2008 acude como "voluntaria", porque de no hacerlo "siento que no hago nada. Siento que pierdo el tiempo. No avanzo en lo que tengo que investigar. Necesito estar aquí. Es una manera de tener cierta disciplina".

Cuando trabajaba regularmente lo hacía de las 8 a las 15 horas. Durante un periodo se planteó la idea de terminar su tesis, así que permanecía en el Archivo tres horas más, "se me hizo una costumbre quedarme hasta las seis".

En 1984 conoció al doctor Carlos Herrejón, quien la invitó a trabajar para El Colegio de Michoacán. Él habló con la entonces directora del AGN, Leonor Ortiz Monasterio, para que autorizara tanto a Carmen Molina como a Elisa Cruz Domín-

guez trabajar por las tardes en los fondos documentales, “me quedaba hasta las ocho o nueve de la noche. La Galería 4 era toda para mí”. Aun así, el trabajo *in situ* no era suficiente y había que continuar en la casa.

El trabajo con el doctor Herrejón aún continúa. Su relación con él es muy cercana, “ya son muchos años de trabajar juntos”. También ha desarrollado investigaciones para el doctor Andrés Lira.

GRATITUD Y PALEOGRAFÍA

Doña Carmen aprendió paleografía con la maestra Cleotilde Martínez, “ella es una persona muy minuciosa. Con ella es buscar y buscar. Fijarse en el escribano”. Aunque

dice no tener la paciencia requerida para observar atentamente como su maestra, le agradece la disciplina inculcada para buscar una y otra vez, pues la práctica, asegura, es la mejor manera de acercarse a los documentos y debe hacerse todos los días. “Cuando se empieza con la paleografía uno no entiende, no puede leer”. El conocimiento de la técnica y la lectura reiterada permiten arribar a ese momento en que las palabras empiezan a reconocerse en los expedientes.

La mayor parte del trabajo realizado por Carmen Molina ha sido descriptivo. Actualmente colabora en la catalogación del fondo *Tribunal de Justicia del Distrito Federal*, un trabajo coordinado por María de Jesús Albarrán. 🏛️



Trabajo descriptivo y paleográfico de tres décadas.